Alfareros de Paz y Cultura: la historia de una fundación nacida del compromiso social

Gustavo Lindarte Sierra[23]

Rina del Carmen Pupo Acosta es una jueza de circuito especializada en derecho procesal, con una trayectoria en la rama judicial desde 2009. Además de su carrera jurídica, es fundadora y líder de la Fundación Alfareros de Paz y Cultura en El Carmen de Bolívar, un proyecto social y cultural que utiliza la música tradicional como herramienta de transformación para niños y niñas de barrios vulnerables. Fue gaitera durante su época universitaria y hoy combina su vocación profesional con una fuerte labor comunitaria, gestionando recursos y liderando actividades educativas y artísticas orientadas a la niñez, especialmente en temas de paz, cultura y restitución de derechos.

Rina: Mi nombre es Rina del Carmen Pupo Acosta. Estudié derecho y me especialicé en derecho procesal. Entré a la rama judicial en el año 2009 y desde entonces he hecho

23. Estudiante de Antropología, Universidad del Magdalena. Semillerista del grupo de investigación ORALOTECA. Músico tradicional de gaitas y tambores.

un tránsito por diferentes cargos hasta el actual como juez de circuito, que he ejercido por aproximadamente tres años. También me he desempeñado como juez promiscuo municipal.

Ahora mismo trabajo en la parte de tierras, y cuento con experiencia en familia y penal. Mi labor actual tiene un componente más social porque trabajamos con el campesinado en asuntos de restitución de tierras, que involucran a todas estas personas que vivieron el conflicto armado. En este trayecto de vida he desarrollado esta clase de actividades con la comunidad porque eso hace parte de mí y me gusta.



Desde el año 2008, aproximadamente, empecé a hacer actividades de diciembre, con regalos para los niños. Un día, una amiga que iba pasando por El Carmen y me visitó me dijo: «No, haz un trabajo un poco más social porque en diciembre los regalos se parten, se dañan o a los niños no les gustan». Entonces comencé a pensar en iniciativas de ese tipo, teniendo en cuenta que Dios me había traído a El Carmen de Bolívar.

Para desarrollarme mucho mejor profesionalmente con miras a contribuir en el ámbito social, empecé a trabajar con la seño Carmen Cárdenas y con el profesor Ferney. Los tres nos conocimos aquí en la Escuela de Música en la noche, cuando se daban las clases de gaita para los adultos. Yo hacía parte de esa formación porque durante la época universitaria tocaba gaita hembra y llamador. En primer lugar, organizamos actividades en Cantagallo todos los sábados, excepto cuando llovía, en una época en que esa zona no tenía puente y era puro barro. Después de eso ya han pasado siete años, y los mismos tres seguimos aquí: yo en cabeza del grupo, junto al profesor Ferney, que sigue siendo el formador y también lidera el equipo.

Tenemos unos lineamientos que prácticamente nos dio la vida, porque en realidad no nos hemos dado directrices. Yo dirijo la fundación en términos económicos, aporto ideas y me encargo de impulsarlas. La seño Carmen, por su parte, es una persona que colabora con todo y contribuye bastante al grupo con los vestuarios, algunas propuestas y charlas. El profesor Ferney se ocupa de la parte musical.

> Buscamos que nuestro trabajo social se comunique con la parte musical, porque bien sabemos que la música genera disciplina y representa beneficios psicosociales.

Buscamos que nuestro trabajo social se comunique con la parte musical, porque bien sabemos que la música genera disciplina y representa beneficios psicosociales. Para nosotros, este tipo de iniciativas representan un buen uso del tiempo libre de los niños, sobre todo en ciertos barrios vulnerables como Cantagallo. Con la música como gancho, podemos escolarizar a personas que no tienen educación formal y cambiarles un poco el diario vivir. Así, cuando los jóvenes tienen sesiones de práctica se olvidan de lo que viven, de cualquier situación, y se enfocan en

la música, de manera que es una especie de psicoterapia al mismo tiempo.

La finalidad también es formar un grupo bueno que podamos llevar a un festival. No somos renuentes a esos espacios porque, al presentar a otros conjuntos de gran calidad, fomentan la disciplina de trabajo. En este momento estamos enfocados básicamente en la categoría más infantil con los muchachos que tú ya conociste y que ya se han ido. Solamente me queda Caro, con quien también hemos hecho una labor de formador de formadores. Por lo tanto, Caro es una niña que ahora mismo puede enseñarles a los de su mismo barrio. Esos han sido, en términos generales, los objetivos de la fundación y de todos los involucrados.

Gustavo Lindarte: Económicamente hablando, ¿cómo se sostiene la fundación?

R: La fundación se sostiene por periodos muy cortos. En un año, tú presentas un proyecto al Ministerio y, cuando te lo aprueba, lo desarrollas en máximo tres meses, pero ¿y el resto de tiempo qué? Sigo dirigiendo yo, con mis recursos y con los aportes de personas interesadas. Por ejemplo, un amigo que se acuerda del grupo puede decir: «Tengo cien mil pesos. Te voy a regalar esto». Igualmente, en una ocasión el Colegio de Jueces y Fiscales contribuyó con ochocientos mil pesos, que nos sirvieron para cubrir los gastos de tres meses. Al profe se le da un incentivo según el dinero con el que contemos, aunque él no exige retribución; le nace ayudar al crecimiento de la iniciativa. Sin embargo, no es algo periódico, que tú digas: «Mensualmente se recibe tanto». No es así, ni por empresa privada, ni por el Estado, sino así, como lo estamos viendo.

Cuando yo hago fiesta en diciembre o algún evento, solemos anunciar que la actividad se hace «gracias a...». A esta clase de colaboradores los denominamos «Los amigos de Rina». Son personas de la rama que aportan con cincuenta, cien o doscientos para las celebraciones de Navidad. Los apoyos económicos son aislados a lo largo del año y provienen de la voluntad de cada quien. Es decir, no suelo pedir recursos porque ese esfuerzo, en este momento de mi vida, después de siete años, ya agota y da pena. Yo dejo ese sustento en manos de Dios, de la vida, y que todo fluya de esa manera.

¿Qué más se les brinda a los niños? Además de la formación de música tradicional, yo me reúno con ellos un día a la semana para una charla lúdica donde les leo un cuento o les organizo unas actividades chéveres. En esos espacios siempre les llevo su merienda, a diferencia de las sesiones de práctica, porque no tengo los recursos. Cuando tenemos ese encuentro en el que interactuamos, se les deja la servilleta con lo que se les quiere enseñar ese día: el compañerismo, el respeto por el otro... lo que vaya fluyendo de esa manera.

Hacemos alusión a «paz», que es lo que queremos construir a través de la música, y a «cultura» debido a que ese es nuestro enfoque, más que, por ejemplo, el deportivo.

G: ¿Por qué se llama Fundación Alfareros de Paz y Cultura?

R: «Alfareros» porque nuestra idea desde un principio fue moldear a los niños mediante la enseñanza, así como cuando se crea una forma o una vasija. También hacemos alusión a «paz», que es lo que queremos construir a través de la música, y a «cultura» debido a que ese es nuestro enfoque, más que, por ejemplo, el deportivo. Aunque no nos negamos a que tal vez venga un instructor y dé una clase de fútbol, nuestro interés ha sido, primordialmente, cultivar nuestras raíces. En mi caso particular, que no soy de El Carmen de Bolívar (soy adoptada), ese último componente también viene del folclor con el que he estado involucrada desde pelada. Esas tres palabras formaron el nombre del grupo.



G: ¿Tú no has vuelto a tocar?

R: No porque ser juez no es fácil, y menos cuando se trata de restitución de tierras. Como debo estar en monte, en audiencias, no me da tiempo. Por lo tanto, tengo que desempolvar ese conocimiento y mentalizarme para dedicar ciertas horas a esa tarea, porque no puedo acordarme de golpe; tengo pésima memoria para la música. Necesitaré un cuaderno con las notas de una canción. Si me preguntas, no me acuerdo de nada. Quizá teniendo una gaita en las manos me acuerde de tres canciones, pero nada más. Sería como empezar de cero, a pesar de que tengo toda la idea y las notas, aunque requiere dedicación.

Para mí, la gaita hembra —más que el macho— y el tambor alegre marcan el ritmo principal. Llevar esa responsabilidad de la melodía dentro del grupo es demasiado. Yo me presenté hace mucho en un festival con Irina Feria, y en ese momento ganamos, por encima de otras universidades. Mis compañeras tocaban la gaita macho, y yo, la hembra, así que conozco la importancia del instrumento. Lograr que el trino y la ligada se te escuchen bien demanda un tiempo que no tengo. Aquí estoy como magistrada, pero para interpretarte dos o tres canciones ya debo asumir el reto. Tengo un video que me quedó de mí tocando con Juan Pablo. Imagínate tú.

G: ¿Pero viejo?

R: Tocamos hace como siete años, aquí en El Carmen.

G: ¿Y la escuela de jueces o toda esta parte judicial no está vinculada a la fundación de alguna manera?

R: El Colegio de Jueces y Fiscales se ha vinculado mucho, bajo el liderazgo de la doctora Margarita Márquez de Vivero y del doctor Loiwer Barragán, que ahora es el presidente. Ellos se han interesado mucho en las actividades y están empezando a conocer el grupo. Fíjate que ahora, como comenté, me regalaron ochocientos mil pesos, que fueron de bastante ayuda porque con eso cubro por tres meses el aporte al profe Ferney. Ahora mismo estoy tranquila con la formación resuelta por ese tiempo.

Tenemos dos grupos ente los que se da combate. Uno es de El Doce, donde los niños hablan, el uno tira la baqueta, el otro se jala el pelo... y los de Cantagallo, que son más. En el primero hay diecisiete muchachos, y en el segundo, veintipico. Por lo tanto, trescientos o doscientos mil pesos que utilice en el mes no es tanto, realmente. Ahora, es diferente si yo les sumo los trescientos mil del profe Ferney y lo que le aportamos a Carito, que ayuda en la merienda y los premios, que nunca faltan. Se dan reconocimientos de cinco mil, de seis mil pesos. Siempre les llevo un incentivo a los pelaos, y ya con eso sí es plata. El Colegio de Jueces se ha vinculado con la fundación de esa manera.

G: ¿De qué edad son los niños del grupo?

R: En la atención social y en las actividades de charla tengo niñitos de 3 años, y en la

formación musical hay desde los 5 años, y los que van captando más conocimiento son de 7 años. El mayor ahora es Stilson, en El Doce, que tiene como 13 años. También está Ariel David, el sobrino de Fer, de 13 años.

G: Ya para terminar, ¿esa diferencia de edad no los afecta?

R: Sí, claro. Lo ideal es trabajar por grupos de edades, de manera que la iniciación musical se da en determinadas etapas, tal como lo hacen en la escuela de música. El problema es que no contamos con otro formador que les enseñe a los chiquitos y otro a los más avanzados. En este momento, Ferney asume todo y, con una metodología que tal vez no es la correcta, logra sacar adelante a los pelaos.

Ayer, por ejemplo, vi los de El Doce, y ellos van muy bien, considerando que empezaron hace poco. En Cantagallo no hay gaiteros; ellos se inclinan más por la percusión, así que allá nuestra intervención podría denominarse de musicoterapia. En cambio, el grupo de El Doce está proyectado para ir a zonas como San Jacinto u Ovejas con fines de aprendizaje musical. Así lo estoy viendo.

G: ¿Y piensa ampliar el trabajo a otros barrios?

R: La idea es esa, pero sin recursos es difícil. Ahora estoy trabajando con una magistrada, la doctora Laura, que quiere apoyar al grupo reorganizando las ideas ya que, según ella, yo soy más gerencial. Entonces vamos a enfocarnos en evaluar qué edades tenemos y cuáles son los enfoques de los jóvenes, porque no a todos les puede gustar la gaita; también podemos explorar una enseñanza teatral o de danza, como para ir encauzando de mejor manera la fundación. Asimismo, ella propone elaborar un cronograma y que vengan niños de zonas aledañas, como Rabo Largo, con otros profesores.

Sin embargo, Dios se tiene que manifestar con la plata, pues yo sola no puedo. A pesar de que siento que la carga ha sido considerable y de que no contamos con ayuda del Estado, tampoco quiero soltar la iniciativa porque nosotros tenemos una liga, más que musical, de charla. Los niños me quieren mucho. Me dicen «mami Rina» y «te amo», y cuando llego ellos vienen a mí. Me bajo de la camioneta, y es como si tú les echaras un poco de maíz a los pollitos: se acercan y me rodean. Ya eso es algo más afectivo: no puedo dejar el grupo porque es como si yo abandonara a los hijos míos. No puedo.

Así es como funcionamos, pero es un grupo que trabaja con amor. Hay fundaciones que están creadas con el fin de invertir un poco y quedarse con una ganancia para la organización, pero no para el territorio. Aquí, cuando el Ministerio aprueba algo, por ejemplo, doce millones de pesos, se hacen mejores talleres: de percusión, gaita, voz, bullerengue... la profe Jesi viene y demás. Todo eso se paga.

Nosotras, en cambio, revisamos cuántos recursos nos quedan, dejando aparte lo que se le paga a Fer. Decidimos destinar una parte a los pelaos, para satisfacer sus necesidades. La seño Carmen, por ejemplo, pone vestuario cuando los niñitos van a Sincelejo, y nunca me ha pedido para las telas, nada.

Yo los veo a ustedes dos y me gusta, porque se nota que tú tienes un objetivo y que te enfocas en cumplirlo. En las carreras, cuando uno termina, los caminos se alinean. Así ha sido en mi caso personal. Sin embargo, también influye la labor social, de ayudar al prójimo, y es importante hacerla desinteresadamente para que se abran las puertas.

No quiero decir que no vas a tener obstáculos, porque por eso es que estamos en la vida. Para subir, hay que caer: hoy ganas dos mil pesos, después quince millones, y así subes y bajas. Lo clave, en todo lo que hagas y más allá del enfoque económico, es contribuir a la comunidad. Puede ser enseñando: si sabes gaita y percusión, entonces puedes reunir a tres o cinco gatitos y formarlos, o ayudarlos de otra manera. En todo caso, es fundamental hacer algún trabajo social, cualquiera que sea, y verás.

